

experiencia marcada por el ser-mujer/ser-hombre, es decir, marcada por la diferencia sexual.

Sabemos que la diferenciación sexual no trae como consecuencia que las mujeres seamos mejores o peores que los hombres. No podemos partir de una creencia en la esencia de "Ser Mujer". Tenemos que reconocer que nuestra desigualdad ha sido porque hemos vivido inmersas en una miseria simbólica y material y nuestro sexo no ha tenido sentido más allá de la maternidad, es decir, no ha significado social ni culturalmente. Nuestra mediación con el mundo ha sido el ser para los otros: el amor como vía de significación. Esta manera de vincularnos las mujeres con el mundo las feministas la hemos trasladado al quehacer de la vida política y social, al movimiento, a los grupos de mujeres. Hemos desarrollado una lógica amorosa —todas nos queremos, todas somos iguales— que no nos permite aceptar el conflicto, las diferencias entre nosotras, la disparidad entre las mujeres. Para desmontar este entretejido es necesario acabar con esta lógica amorosa y pasar a una relación de necesidad. *Las mujeres nos necesitamos para afirmar nuestro sexo, para tener fuerza.* Asumiendo la lógica de la necesidad reconocemos nuestras diferencias y nos damos, apoyo, fuerza y autoridad. En otras palabras, si reconocemos que otra mujer tiene algo que nosotras no tenemos —mayor capacidad organizativa, mayor desarrollo intelectual, mayor habilidad para ciertos trabajos—

entonces le damos nuestra confianza, la valorizamos y la investimos de cierta autoridad. Porque en su fuerza encontramos nuestra fuerza y nos valorizamos como mujeres. LA FUERZA DE UNA MUJER ES LA FUERZA DE LAS MUJERES. Así, rechazamos la seguridad aparente que da sentirnos todas iguales. No se trata de buscar el reflejo de igual a igual para confirmarnos en algo que de hecho no es valorado. Se trata de acabar con la autocomplacencia, de romper con el discurso de las víctimas.

Queremos que el deseo de hacer cosas —el deseo de crear— de una mujer encuentre su fuerza en la relación con el deseo, con el querer de las otras.

No neguemos los conflictos, las contradicciones y las diferencias. Seamos capaces de establecer una ética de las reglas de juego del feminismo, logrando un pacto entre nosotras, que nos permita avanzar en nuestra utopía de desarrollar en profundidad y extensión el feminismo en América Latina. *fem*

LA DEMOCRACIA ES EL RECONOCIMIENTO  
DE LA PLURALIDAD

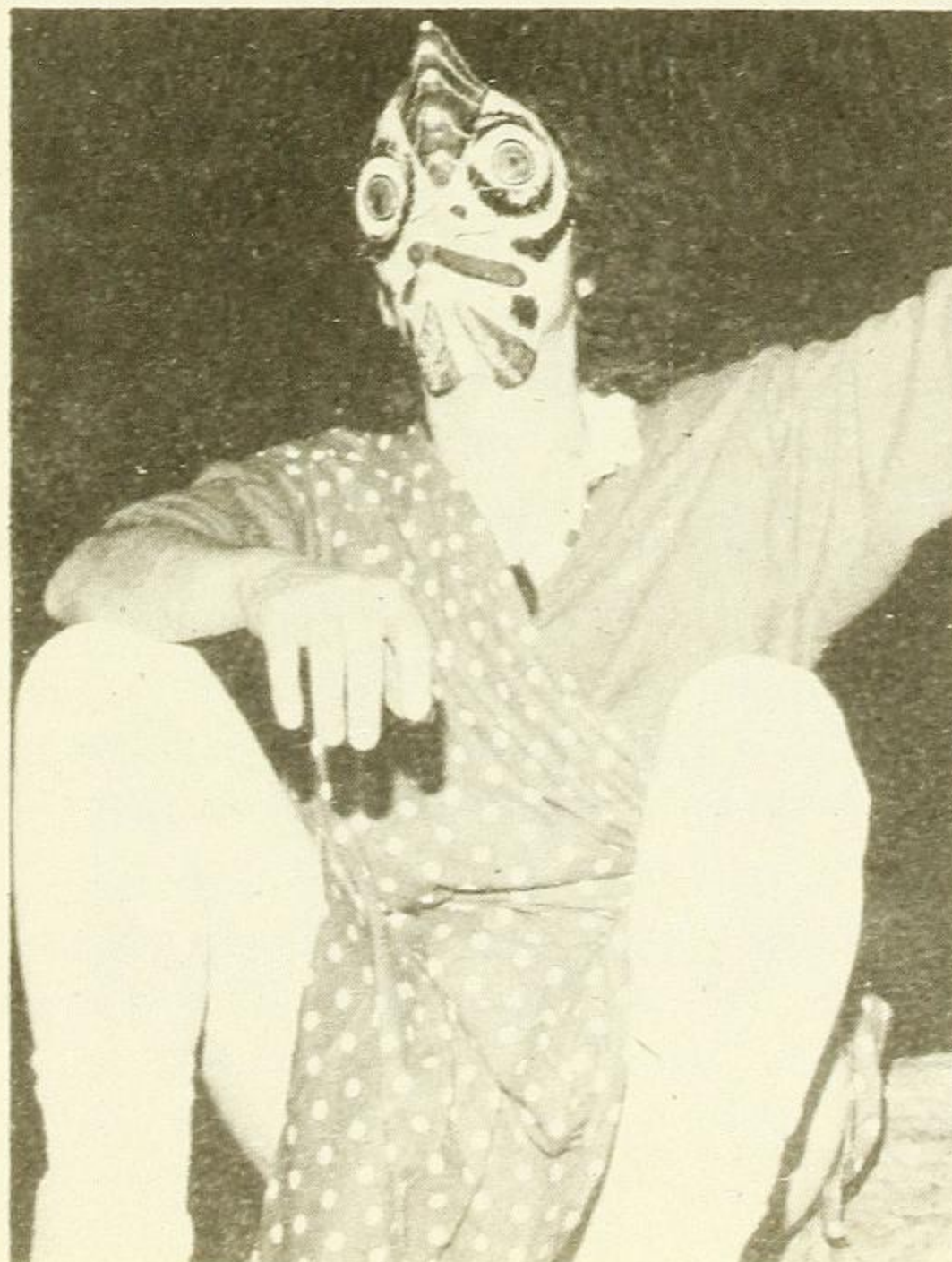
EN LA FUERZA DE CADA FEMINISTA ESTA  
LA FUERZA DEL MOVIMIENTO FEMINISTA

Taxco, México, 21 de octubre de 1987

## Mujer, violencia y guerra

Ma. Isabel Inclán

Para muchas de las asistentes al IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, éste significó un intercambio de experiencias y conocimientos, en donde cada quien enseñaba lo que sabía y aprendía lo que ignoraba. En el taller "Mujer Centroamericana, Violencia y Guerra", que sesionó durante tres tardes consecutivas, se reunieron cerca de 150 mujeres centroamericanas y de otros países interesadas en exponer y debatir las formas de lucha de la mujer centroamericana, desde sus diferentes trincheras: la organización, el colectivo, el hogar, el Frente. . .



(Diana Solís)

En el taller, las centroamericanas experimentaron un bombardeo de vivencias comunes que producía lágrimas de alegría al ver cómo las indígenas guatemaltecas, "sin ser feministas", expusieron las consignas básicas del feminismo; al ver a las hondureñas que llegaron al Encuentro con el propósito de hacerse feministas; a las nicaragüenses, con largos años de organización feminista, pero que aún luchan por alcanzar mayores cargos de dirección; a un grupo de costarricenses que pelean por incorporar sus demandas como mujeres a la lucha de sus organizaciones campesinas; y a las salvadoreñas, que vinieron a conocer el feminismo, "que no se compara con